

LA FORMACION DE EXPERTOS EN EDUCACION

PEDRO ROSSELLO (Ginebra)

No se necesita ser profeta, para prever que la formación de especialistas, de líderes de la educación, alcanzará un auge que nadie hubiese podido imaginar hace pocos años.

La explicación de este fenómeno es obvia. Paralelamente al desarrollo de las demás actividades humanas, el ritmo del progreso de la educación se ha acelerado y complicado al mismo tiempo. Es para hacer frente a las exigencias de esta complejidad creciente que la intervención de los técnicos, de los "ingenieros" de la educación aparece cada vez más perentoria.

Mientras la construcción de una casa se limitaba a una planta baja y un piso a lo sumo, un maestro de obras se bastaba. En 1961, cuando las dimensiones y la estructura de la educación se vuelven tan vastas y tan complicadas como la de un rascacielo, ¿como prescindir de los especialistas, de los "arquitectos" de la educación?

La formación de estos técnicos, de estos adelantados — casi me atrevería a decir de estos estadistas — plantea una serie de problemas tanto más interesantes cuanto que en su mayoría presentan un carácter inédito.

No resulta difícil ponerse de acuerdo respecto de las enseñanzas básicas y especializadas que debe constituir el plan de estudios de los futuros expertos. Pero, en pedagogía distinguimos entre instrucción y educación. ¿Acaso la formación del especialista no implica, al lado de la adquisición de determinados conocimientos y técnicas, el desarrollo paralelo de las determinadas "actitudes" específicas?

¿Es imposible concebir el cultivo previo y sistemático de las "actitudes" que desearíamos ver adoptar por el experto en su quehacer cotidiano? ¿Y cuáles son estas actitudes?

Es alrededor de esta pregunta que, si se me permite, quisiera formular algunas consideraciones.

a) *Ver con claridad los problemas*

Una de las primeras actitudes del especialista es la de tratar de ver con claridad la esencia, la médula de las metas que hay que alcanzar.

Lo mismo que el estratega, el técnico en educación debe poseer una visión neta de los objetivos perseguidos. Cabe aplicar aquí la expresión favorita del gran vencedor de la primera guerra mundial, el Mariscal Foch: "Ante todo, veamos claro".

Por desgracia, la oscuridad de los problemas aumenta en proporción directa de su complejidad. Y nunca, las cuestiones educativas habían alcanzado el grado de complicación con que se nos presentan ahora.

El experto en educación deberá, ante todo, salir del laberinto en que le encerrará cada vez más la realidad que le rodea.

El proyecto principal N° 1 de la Unesco para la América Latina ofrece a los especialistas en educación una excelente ocasión para ejercitar su facultad intuitiva y sus aptitudes de clarificación.

¿Cuáles son en síntesis las metas inmediatas — no hablo de las lejanas — que se trata de alcanzar?

Cuando la Unesco invita a los Estados de América Latina a movilizar todas sus fuerzas para resolver íntegramente el problema de la enseñanza primaria, la batalla tiende a concentrarse en tres frentes principales: el maestro, el local-escuela y el material escolar.

Reducida a su más simple expresión, la campaña emprendida pretende abolir las discriminaciones existentes y asegurar a cada niño sin excepción el disfrute de los tres derechos elementales del alumno primario a mediados del siglo xx:

1 — *Derecho al maestro* — Trátase de que cada niño, lo mismo si ha nacido en el altiplano, en la sierra, en las tierras calientes, en la selva o en la costa, lo mismo si ha visto la luz en una ciudad o un villorrio, disfrute durante seis años de la solicitud de un maestro o de una maestra competente. Y no hay necesidad de precisar que estos seis años constituyen una "ración" educativa mínima. Si comparamos el niño a una planta, este mínimo representará para él seis mil horas de insolación intelectual, cuando en ciertos países niños más privilegiados reciben ya, obligatoriamente, una ración de diez, once o hasta doce mil horas.

2 — *Derecho al local-escuela* — Cada alumno debe tener garantizado, durante este plazo mínimo de seis años, el disfrute de un metro

cuadrado de superficie dentro de una sala de clase limpia, clara, aireada y acogedora. El derecho de habitación se completa con el derecho a un mobiliario que responda a las exigencias elementales de la pedagogía y de la higiene.

3 — *Derecho al material escolar* — O, en términos más concretos, derecho al libro de texto, al cuaderno y a la pluma. No se sabe por qué razón se ha considerado el material de enseñanza como un factor despreciable. Quizá nos encontramos ante un resabio del carácter puramente oral del arte de enseñar. Pero ¿quién se atrevería a pedir a uno de los mejores maestros de una escuela modelo que enseñara sin que cada alumno tuviera a su disposición un libro de texto correspondiente a cada disciplina, el número de cuadernos necesarios para los distintos ejercicios y una pluma y lápiz que permitan escribir de manera legible? Y sin embargo, este es el milagro que se exige de miles de maestros rurales cuya preparación deficiente se agrava con la ausencia, en calidad y cantidad suficiente, de los auxiliares educativos más imprescindibles.

b) *Facultad de jerarquizar los problemas*

Una visión clara de los problemas implica — y ésta es la segunda actitud que parece que se puede exigir del especialista — la facultad de jerarquizar los problemas. ¿Quién no ha sido víctima alguna vez del afán de resolver todas las cuestiones a la vez? Ya la sabiduría popular ha proclamado que quien mucho abarca poco aprieta. El mejor medio para perder una guerra es combatir en varios frentes. El técnico en educación debe saber clasificar las cuestiones según un orden de prioridad. El arte de gobernar, se ha dicho, consiste en escoger entre dos grandes inconvenientes. Y puestos ante el dilema de elegir, la preferencia debe ir, no hacia el problema más espectacular, sino hacia el más urgente. En el terreno de la educación, como en otras esferas, el artículo de primera necesidad debe prevalecer sobre el artículo de lujo.

c) *Temperamento innovador*

Parece inútil recalcar que el técnico en educación debe poseer un temperamento innovador, ser hombre de acción, con una concepción optimista del resultado de su esfuerzo, dispuesto a luchar sin tregua en

pro del progreso educativo. Lo cual no quiere decir que confunda el verbo "mejorar" con el término "cambiar" y el concepto de "actividad" con el de "agitación". En efecto, aunque parezca paradójico, todo deseo loable de modernización implica un poder de resistencia a los mitos inherentes a determinados vocablos como el de "nuevo" y "tradicional". ¿Acaso lo que se llama "nuevo" hoy no será calificado de "viejo" mañana? El "Pont Neuf" de París es el más antiguo de la capital de Francia.

Si hacemos esta restricción, es porque el prurito de lo moderno y el desprecio de lo clásico ha inducido a algunos países a saltar etapas que algunos otros Estados, mucho más poderosos, no han superado todavía.

Cómo explicar, en efecto, que, al pretender generalizar la enseñanza obligatoria en las zonas rurales, no se recurra en dichos países al sistema que consiste en confiar a un solo maestro las seis, siete u ocho clases de la primera enseñanza? No por haber sido preconizados ya por Lancaster, hace siglo y medio, las escuelas primarias completas con maestro único han dejado de prestar grandes servicios, puesto que sólo en los Estados Unidos hay todavía 26.000 establecimientos de esta clase.

d) *Aprovechar las coyunturas*

Saber aprovechar las coyunturas constituye otra de las cualidades del estadista en educación. Trátase de percibir a tiempo las corrientes favorables o desfavorables que condicionen la ejecución de los proyectos o planes educativos. Es más que nunca necesario que el reformador sepa leer e interpretar la rosa de los vientos. Jamás, en efecto, y a pesar de los obstáculos, la coyuntura habrá sido tan propicia. Se ha dicho que el dinero es el nervio de la guerra. Que lo queramos o no, el dinero es también el nervio de la educación. Y por vez primera en la historia ya no son únicamente las fuerzas espirituales las que propugnan el desarrollo de la educación. Las potencias materiales, reacias hasta hace poco, han descubierto al fin que la educación no sólo crea riqueza sino que crea consumidores. El hombre sin instrucción se basta a sí mismo. No existe como cliente. Y esto en un momento en que, sea cual fuere el régimen político-económico dominante, la producción agraria o industrial es cada vez más esclava del consumo en gran escala. De ahí que la coyuntura financiera, condición primaria de todo desarrollo educativo, quizá sea, en el fondo, más propicia de lo que muestran las apariencias.

e) Peligro del exceso de especialización

Según cálculos realizados, la producción científica aumenta anualmente en un seis por ciento, lo cual no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que el noventa por ciento de los hombres de ciencia que han existido desde el comienzo de la historia viven actualmente. Como consecuencia de este adelanto científico, el especialista ve restringirse cada día el horizonte, el ángulo de apertura de su especialidad.

Si cabe por un lado felicitarse de este progreso, no hay que ocultar el peligro que esta especialización extremada presenta para el técnico en educación. Cada vez es mayor el riesgo de que los árboles aislados le impiden ver la totalidad del bosque. El ideal sería que al lado de su especialidad, el técnico en educación fuera lo que un humorista ha llamado "un especialista en cosas en general". El experto en educación no debe olvidar que ha pesar de todo — iba a decir ante todo — es un educador. Y como tal, nada de lo que es humano puede dejarlo indiferente. Pobre del especialista cuyo temperamento se muestre alérgico a los grandes problemas que plantea la marcha de la civilización y las manifestaciones de la cultura o del arte en general.

f) El papel del sentido común

¿Puede uno atreverse a encarecer como una de las características específicas de un experto en educación el poseer una gran dosis de sentido común?

Es evidente que urge encontrar el antídoto que neutralice el ritmo trepidante, para no decir frenético, de la vida privada y profesional del hombre moderno. En la esfera que nos interesa, asusta considerar el número de decisiones que tiene que tomar un estadista o un administrador en el transcurso de veinticuatro horas. ¿Nos damos acaso cuenta del riesgo que supone la disminución del tiempo de reflexión que podemos acordar al examen de cada asunto que se nos somete?

Sólo el sentido común, actuando como detector capaz de discernir lo esencial de lo secundario, salvará al especialista de perecer bajo la masa de papel cada vez más densa con que ocultamos, para no decir sepultamos, la esencia de las cosas.

Sólo el sentido común podrá recordar al especialista que su misión consiste en simplificar, y que su razón de ser estriba, no en crear o complicar los problemas, sino en resolverlos.

Se ha dicho que el sino de muchos Estados Mayores consistía en preparar, más que la guerra futura, la anterior. No sería cierto afirmar que en educación nos afanamos en preparar la generación pasada. Sí se puede decir, en cambio, que con una falta de sentido común notoria, preparamos a la generación futura, la que vivirá el período álgido de su existencia cerca del años dos mil, como si tuviera que vivir el año 1960. Más que en la educación urbana, este contrasentido es evidente en la educación rural. En el año de la fecha, en los países más evolucionados, el 10 por ciento de la población se basta para asegurar la producción agrícola. Anteriormente, esta proporción era del 80 %. Todo se explica si se tiene en cuenta que en 1800 un campesino necesitaba una hora para segar con una hoz un área de trigo; en 1850, con una guadaña sólo necesitaba 15 minutos. Ahora en 35 segundos no sólo siega sino que trilla la cosecha de cien metros cuadrados. Excelente tema de meditación para los autores de planes de estudios y de programas de las escuelas rurales los cuales olvidan a menudo que los niños del campo necesitarán saber, por ejemplo, tanta física como los de la ciudad, puesto que dentro de veinte años muchos de ellos no se dedicarán ya a la agricultura y que los que lo hagan, en lugar de manejar la azada o el arado lo que harán es guiar tractores.

g) *Fe en la misión*

Visión clara de las cosas, poder de clasificación, temperamento innovador, percepción de las coyunturas, interés por las cosas en general, sentido común. El cuadro sería incompleto si no se agregara algo que, no porque va de sí, deja de valer la pena de ser proclamado. Es la fe en la grandeza de la misión encomendada al especialista. El experto en educación debe "creer" en la eficacia de su trabajo. Nadie nos ha obligado a escogerlo. Si allá en lo profundo de nuestro fuero interior sentimos asomar la duda o la indiferencia, entonces vale más no empeñarse. La fe, se ha dicho, levanta las montañas. Sólo la fe en la transcendencia de la obra que se le confía dará al estadista en educación la fuerza necesaria para salir victorioso de las dificultades ingentes con que tropezará en su camino.